

## ¿Y LA VISIÓN DEL FUTURO?

**El Futuro ahora.** En buena medida, lo que como individuos o colectividad hacemos o dejamos de hacer en el presente, está determinado tanto por las circunstancias del momento como por las herencias del pasado y también por lo que no ha sido pero puede ser: la visión de aquello por venir. Es justamente la imagen que se logre construir sobre lo que vendrá - posibilidades y limitaciones-, lo que nos puede impulsar a ahorrar o consumir, a reconstruir o abandonar, a redoblar empeños o desistir, a quedarnos o irnos. Pues bien, resulta que en este momento quienes dirigen los grandes procesos mexicanos -gobernantes, líderes de organizaciones sociales, empresarios- no ofrecen una propuesta clara, realista, atractiva y efectiva del futuro que deberíamos buscar, de un auténtico proyecto nacional. En realidad, es más clara la agenda que de cara al futuro ofrece el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, que las del gobierno, los partidos o la gran empresa. Ese es precisamente uno de los indicadores de la magnitud de lo que hoy llamamos la crisis.

**EL 68.** Se acaba de cumplir el 27 aniversario de la masacre del 2 de octubre de 1968. Vale la pena recordar que quizá fue entonces cuando el grupo social con mayor posibilidad e vocación para otear el horizonte -estudiantes, académicos e intelectuales- se aventuró a cuestionar el modelo de futuro

imperante, oficial y burocrático. El movimiento del 68 dio las primeras pinceladas de un porvenir alternativo, más atractivo para quienes ya de tiempo atrás se sentían -y efectivamente estaban- excluidos del desarrollismo autoritario y autocelebratorio de la época. La matanza de la Plaza de las Tres Culturas puso un alto brutal a la imaginación de la época -una imaginación aguzada por el hecho de que aún estaba viva la idea de la revolución- y que exigía abrir la vida política a la participación democrática y transformar la vida social reviviendo el viejo principio de la Revolución Mexicana de la justicia social.

Tras la represión del 68 y su secuela, la del jueves de Corpus del 71, la fuerza se impuso a la imaginación, al impulso generoso. La visión del futuro simplemente quedó entonces en auténticas "manos muertas" -las del gobierno- y el "principio de autoridad" diazordacista congeló el debate sobre lo por venir. Pero esa decisión de parar en seco el ímpetu renovador y modernizante de la política que venía desde abajo, tuvo un costo bastante alto para que la autoridad no percibió en su momento: el país perdió la gran oportunidad de sincronizar el cambio social -explosión demográfica, urbanización, educación, industrialización, expansión de la clase media- con el cambio en la forma de ejercer el poder. El paso del tiempo -un auténtico tiempo perdido- simplemente agudizó la contracción entre transformación social y política hasta que se hizo un nudo gordiano que aún no podemos desatar.

**Un Problema tan Urgente como General.** La necesidad de dar sentido, de encausar la energía colectiva por medio de una visión apropiada del futuro, se ha hecho más agudo con el correr de los años. Además, esta urgencia no sólo se presenta en sociedades como la nuestra sino que también afecta a muchas otras, incluidas las más ricas y prósperas.

El profesor Zaki Laïdi -un especialista francés en política internacional y en las relaciones del mundo desarrollado con Africa- tituló su último libro *Un Monde Prive de Sens*, ("Un mundo sin sentido", Fayard, 1994). La preocupación central de esa obra es precisamente la ausencia de un gran proyecto que vuelva a dar sentido al esfuerzo nacional francés y europeo en general, pues sin una idea clara y aceptable del futuro, el presente pierde sentido, dirección y vitalidad.

El fin de la guerra fría resultó también, según Laïdi, en el fin de la era de las revoluciones y de las utopías sociales forjadas al calor del optimismo de la Ilustración. Es verdad que nadie en sus cabales puede lamentar hoy la guerra fría y su amenaza de catástrofe nuclear hayan terminado, ni que las fuerzas externas que fomentaron guerras civiles brutales como las de Vietnam, Nicaragua, Angola o Afganistán, se hayan retirado de esas zonas. Sin embargo, lo anterior no impide reconocer que por decenios la confrontación global entre socialismo-capitalismo, fue también una manera de organizar la visión del futuro de las grandes potencias, de sus aliados

cercanos y de buena parte del resto de la humanidad, y su desaparición ha dejado un vacío.

La derrota incruenta de la URSS acabó con su proyecto de futuro y ese país simplemente se desmoronó, y hoy sus fragmentos están buscando en el pasado, en la religión y en el nacionalismo, el sustituto de la utopía que se esfumó. En principio, la condición del bando victorioso, el occidental, debería ser muy distinta, pero en cierto sentido no lo es, pues aunque en mejores condiciones, también se quedó sin brújula al frente al porvenir y se encuentra a la búsqueda de un nuevo sentido del futuro, de una razón de ser.

Para el ciudadano europeo occidental la nueva meta colectiva formula es llevar adelante la idea de la unidad europea y dar forma a esa parte del continente como gran actor político y económico mundial, y poner a dormir así a los perros de la guerra que por tantos siglos señorearon ahí. Sin embargo, tal y como se está llevando a cabo ese proyecto de unificación, resulta algo que si bien puede emocionar a los tecnócratas no ha logrado conmover gran cosa al ciudadano promedio. Para este, la Unión Europea resulta, por un lado, algo muy cercano pero burocrático y fastidioso -unidad monetaria, pasaporte único, estandarización de medidas y reglamentos, muchos reglamentos- pero por el otro, es algo muy difuso, lejano, ajeno, frío, que no alcanza a llenar el natural deseo humano de sentirse parte de una gran empresa colectiva, una que trascienda.

**El Caso de México.** Hoy por hoy, en la medida en que existe y tiene alguna dirección, la energía colectiva de los mexicanos pareciera estar concentrada exclusivamente en la solución de los problemas de corto plazo, en hacer frente al reto de sobrevivir. Sin embargo, para sobrevivir bien, para hacer de la vida en común algo que valga la pena, para darle contenido moral a la empresa y hacer surgir el espíritu de lucha, es indispensable contar con un proyecto de futuro claro, legítimo y atractivo. ¿Lo tenemos? considero que la respuesta es, aún no.

La construcción e impulso de la utopías colectivas es, sobre todo de las minorías dirigentes, y no puede ser de otra manera, pues son ellas las que tienen los recursos y la motivación para elaborar las grandes ideas, las visiones globales. Se trata pues de que el liderazgo elabore y presente en los términos de la época y las circunstancias, un puñado de ideas generales que despierten la imaginación colectiva, que prendan la llama de la fantasía y saquen del sopor de la rutina y las preocupaciones con lo inmediato, al ciudadano común y haga que su egoísmo natural ceda un cierto espacio a la idea del patriotismo, del bien común, del sacrificio en aras de una mejor y más digna forma colectiva de vida.

**Los Futuros del Pasado.** El primer gran proyecto nacional, la primera visión de un posible futuro común que no fuera una mera prolongación del pasado sino un corte que permitiera construir algo nuevo y mejor, surgió al calor de la terrible, brutal,

guerra por la independencia. En los "Sentimientos de la Nación", Morelos propuso a los futuros mexicanos como objetivo de su lucha, la igualdad en dignidad y derechos ante la ley, y un gobierno que tuviera como objetivo moderar los terribles extremos de pobreza y opulencia que por siglos habían caracterizado a la sociedad novohispana. Al lograrse por fin la independencia, un sentimiento de euforia recorrió a buena parte de la nueva nación, pero tal estado de ánimo duró apenas lo que un suspiro, la igualdad acabó con el; fallaron los dirigentes y la política, la igualdad no llegó y los extremos de pobreza y opulencia no desaparecieron y quizá se ahondaron.

Más tarde, los conservadores propusieron un futuro tan cauto como similar al pasado, y que despertó pocas imaginaciones. Los liberales, en contraste, resultaron revolucionarios, pero su revolución finalmente sólo tenía sentido para los pocos, para los burgueses que estaban en posibilidad de modernizarse e incorporarse a las grandes corrientes mundiales del pensamiento y del comercio. El sentido del patriotismo y el nacionalismo fueron, quizá, lo mejor de la utopía liberal, pero en ella nunca hubo un espacio para los indios como tales, para los pobres, es decir, para la mayoría. Al final de cuentas, el liberalismo mexicano del siglo pasado terminó en una dictadura -el Porfiriato- y en la construcción de un sistema oligárquico.

Al despuntar este siglo, en 1910, la Revolución Mexicana volvió a traer al primer plano el tema del futuro. Este se

ofreció como cambio radical, como conquista violenta de la justicia, la dignidad y la soberanía. Los revolucionarios triunfantes se comprometieron primero con la construcción de un México democrático, pero luego la promesa se hizo más compleja, y el sitio central lo tomó la construcción de un México donde el indígena recuperara su antigua dignidad, donde la educación pública, la reforma agraria y la protección del obrero, moderaran esos extremos de pobreza y opulencia a los que había aludido Morelos. Pero había más, el México nuevo debería lograr la auténtica soberanía recuperando el control de sus riquezas naturales y resistiendo nuevas humillaciones por parte de las potencias extranjeras. Con el paso del tiempo, ese proyecto tan generoso sólo se cumplió parcialmente, y la creación de un partido de Estado en 1929 terminaría por volver a concentrar riqueza y poder y desembocar en una gran crisis que se manifestó a plenitud en ese 2 de octubre de hace 27 años.

El programa presidencial neoliberal de los ochenta fue, entre otras muchas cosas, una nueva propuesta de futuro. Sin embargo, desde el inicio resultó muy pobre en contraste con lo que pretendía sustituir. El México del siglo XXI pensando por los tecnócratas -integración de México a la economía norteamericana, privatización y economía de mercado- resultó atractivo únicamente para una minoría que estaba en la posibilidad de beneficiarse económicamente de la globalización. Para el resto, el futuro resultó una gran interrogación. Ni de la Madrid, ni Salinas ni Zedillo, pudieron o quisieron delinear

lo que deben esperar los millones de mexicanos pobres, con escasa educación formal, en un mundo dominado por enormes concentraciones de capital transnacional, de poca creación de empleo y donde el Estado ni quiere ni puede ser ya asistencial.

Más que los europeos, los mexicanos necesitamos de una visión sobre el futuro que tenga sentido para todos, especialmente para los históricamente desprotegidos, de lo contrario el contrato social entre los mexicanos perderá viabilidad.